

## Vino a los suyos, pero los suyos no la recibieron

**Introducción.** Otras fiestas de Navidad que se nos han regalado y seguro que ha habido momentos de todo. Experiencias compartidas de verdadera alegría, familia, amigos, brindis, compras, regalos. Niños ilusionados, reencuentros, abrazos, conversaciones de ponerse al día, confidencias. Y seguro que también ha habido otros momentos más difíciles de hartazgo, de pérdidas de paciencia, de malos entendidos, de respuestas cortantes, de desespero y dolor de ver enfermedades, dolencias, orgullo y frustración. Pero lo nuclear de estos días, que en las celebraciones litúrgicas se han repetido varias veces es la declaración amorosa de Dios que está decidido a amar lo humano, no de una manera general sino bien concreta. Lo humano en mí, en ti, en todos. Eso humano que a veces nos hiere y desespera. Eso humano que no entendemos: Los miedos, las agresividades, las inseguridades, los rencores. Eso humano que en muchos casos nos provoca deseos de alejarnos, de huir, de rechazar. Eso es precisamente lo que *«el Dios que se hace hombre»* abraza y asume. No deja de impresionarme año tras año, oración tras oración, esta locura de amor que supone la Encarnación.

***“Tened los mismos sentimientos del Mesías Jesús, el cual, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios; sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres. Y mostrándose en figura humana se humilló, se hizo obediente hasta la muerte, una muerte en cruz. Por eso Dios lo exaltó y le concedió un nombre superior a todo nombre, para que, ante el nombre de Jesús, toda rodilla se doble, en el cielo, la tierra y el abismo; y toda lengua confiese para gloria de Dios Padre: ¡Jesucristo es Señor!” Flp 2,5-11.***

Hay algo de lo que conforma nuestra humanidad que a Dios le conmueve. Esa fragilidad y vulnerabilidad, esa incertidumbre frente a lo que nos supera, esa falta de recursos para salir de las situaciones que nos superan. Y Dios se convierte en calor, en abrazo, en ternura, en escucha y fortaleza, en comprensión y empatía, en consejo y esperanza para todos los corazones sedientos, empobrecidos por la falta y carencia de amor. La frialdad de muchas vidas que no han conocido un sí para siempre, un sí no condicionado.

***Lo que Dios nos dice. “¡Atención, sedientos!, acudid por agua, también los que no tenéis dinero: venid, comprad trigo, comed sin pagar, vino y leche de balde. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta?, ¿y el salario en lo que no da hartura? Escuchadme atentos, y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Prestad oído, venid a mí, escuchadme y viviréis. Sellaré con vosotros alianza perpetua, la promesa que aseguré a David.” Is 55,1-3.***

El tiempo de Navidad nos deja un mensaje claro: una llamada, una petición, un grito de salvación. Tenemos donde acudir cuando perdemos el norte y nuestra vida se desorienta. Hay luz, hay amor, hay palabras de acogida y no de rechazo. Hay un corazón que nos espera. Hay un Dios que nos ha venido a juzgar, sino a salvar. Hay vida en medio de la muerte. Hay esperanza en medio de las situaciones de dolor y de muerte.

***“En ella había vida, y la vida era la luz de los hombres; la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado por Dios, llamado Juan, que vino como testigo, para dar testimonio de la luz, de modo que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino un testigo de la luz. La luz verdadera que ilumina a todo hombre estaba viniendo al mundo. En el mundo estaba, el mundo existió por ella, y el mundo no la reconoció. Vino a los suyos, y los suyos no la acogieron. Pero a los que la acogieron, a los que creen en ella, los hizo capaces de ser hijos de Dios”. Jn 1,4-12.***

Vino esa palabra que resuelve el misterio de lo humano. Cristo es el que es capaz de dar luz a las situaciones de confusión y de oscuridad que atravesamos las personas a lo largo de una vida. Es necesario acoger su vida y su palabra que ilumina nuestras oscuridades. Pero sólo desde una acogida libre y sincera a su persona se obra el milagro. Lo que le siguen tienen la capacidad de descubrir la identidad de hijos de Dios. Cuando por la fe descubrimos lo que Dios nos tiene preparado la vida se convierte en plenitud, en eternidad. El amor se vuelve el componente esencial de todo lo que hacemos, pensamos, decimos y hacemos.

**Cómo podemos vivirlo.** Tras las fiestas se guardan los adornos, las figuras del Belén, el árbol y las luces. Hasta el año que viene. Lo que no se puede guardar es todo el derroche de amor y de generosidad con la que Dios trata a la humanidad. No podemos dejar en el olvido toda la gracia de la que hemos sido testigos en este tiempo. Es demasiada muestra de gratuidad la que Dios derrama sobre nuestras vidas como para dejarla en el olvido. Y eso nos compromete a vivir en modo «Navidad» todo el año. Eso que nos cuesta de los demás, se convierte en el lugar del milagro, en la revolución de la ternura, en la declaración firme de gritar a todos: hoy nos ha nacido un Salvador, el que no se asusta de nuestros límites, sino que los asume y los acompaña.